



GALASSO, Giuseppe; QUIRANTE, Vicente y COLOMER, José Luis (dirs.), *Fiesta y ceremonia en la corte virreinal de Nápoles (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Centro de Estudios de Europa Hispánica, 2013, 529 págs.

Daniel Cebolla González
(Universidad Autónoma de Madrid)

En los últimos años, el estudio sobre el ceremonial como un lenguaje inherente a las dinámicas sociales y políticas de Antiguo Régimen (marcado en los años 70 y 80 por trabajos como los de Clifford Geertz o Edward Muir, influenciados por la historia cultural y la antropología) se ha visto enriquecido por perspectivas historiográficas que apuntan a las Cortes territoriales como elementos clave de articulación política de la Monarquía Hispánica, como espacios de comunicación política donde –una vez superada la limitada visión entre ‘centro’ y ‘periferia’– se estructuraba la cohesión política entre la Corona y las élites regnicolas a través de un ceremonial integrador que, a su vez, mostraba las fracturas y las tensiones entre los grupos de poder. En el caso de Nápoles, esta perspectiva aún continúa prácticamente inexplorada, como pone en evidencia el profesor Giuseppe Galasso en la introducción a este volumen, *Fiesta y Ceremonia en la corte virreinal de Nápoles (siglos XVI y XVII)*, una publicación que es resultado del esfuerzo conjunto entre historiadores del ámbito español e italiano por definir estos conceptos en un congreso celebrado por el Instituto Cervantes de Nápoles en 2009.

En consonancia con estos planteamientos, el trabajo de Aurelio Musi –que analiza las dinámicas de poder en la Corte napolitana durante los siglos XVI y XVII– identifica a partir de la segunda mitad del siglo XVI la formación de una “ideología cortigiana” en el reino de Nápoles, conformándose la Corte como un espacio de poder en la que el virrey, desprendiéndose de la sujeción institucional al Consejo de Italia, se convirtió, a través del ceremonial, en el principal canalizador de la gracia regia, insertándose en la dialéctica faccional de poder que unía Nápoles y Madrid, estimulada por la génesis del valimiento. En este sentido, la contribución de Giovanni Muto enfatiza la idea de que el virrey logró, a lo largo de la segunda mitad del Quinientos, articular en torno a su figura los recursos de patronazgo a través de la formalización del ceremonial como diseñador de las *gerarchie* de poder, a lo que se sumó el proyecto del *Palazzo Reale* como un verdadero proyecto político de la Corte napolitana –en este sentido, remitimos a los trabajos de Attilio Antonelli y Paolo Mascilli Migliorini en este volumen–. Igualmente, maduró en Nápoles la configuración del servicio palatino, lo que se percibe en los gastos de la Casa Real napolitana durante el periodo que analiza Muto. De hecho, este autor plantea la idea de que el modelo de Casa en Nápoles, cuyos límites con la Casa nobiliaria del propio virrey no siempre estuvieron definidos, respondió a la idea de conciliar el servicio a la Monarquía con la identidad política de los reinos, acentuando la

‘independencia’ de los territorios con un modelo organizativo de Casa distinto al borgoñón, imperante en Madrid.

Un grupo importante de trabajos analiza el papel del ceremonial como un “lenguaje político” a través del cual se trataba de articular un orden social armónico y la cohesión del *corpus politicum*, pero que a su vez ponía en evidencia e incluso era utilizado para mostrar oposición y rupturas políticas en el ‘teatro’ cortesano como centro de poder. Estas líneas metodológicas quedan reflejadas en el trabajo del profesor Adolfo Carrasco Martínez en torno a la oposición cortesana al conde-duque de Olivares y el proyecto del Buen Retiro como ‘metáfora’ de su privanza; un elemento interesante de este trabajo es el uso político dado al ceremonial como arma política en la dialéctica de facciones, así como el debate sobre los modos y límites de la representación de la majestad regia, muy prolífico en la tratadística española del siglo XVII. De igual modo, la contribución de Isabel Enciso Alonso-Muñumer revela pautas muy similares en el caso de la Corte de Nápoles, donde los recursos del ritual y la ceremonia, impregnados de un fuerte significado político, se insertaban dentro de la lucha de facciones entre Madrid y Nápoles (como fue el caso de los funerales del virrey VI conde de Lemos en 1601) o como elemento de cohesión política y consenso social entre el virrey, como *alter ego* del monarca, y las élites napolitanas, tal y como se evidencia en el programa festivo del conde de Castrillo en 1658 con ocasión del nacimiento del príncipe Felipe Próspero, primogénito de Felipe IV. Esta pauta se mantiene en el análisis de esta fiesta que realiza Ida Mauro, interpretándola como el renacimiento de la tradición ecuestre napolitana, cultivada durante la época de Carlos V, en aras de garantizar «el triunfo del lealismo» de la alta nobleza titulada de Nápoles, en una coyuntura inmediatamente posterior al gobierno del conde de Oñate y la represión de la revuelta de 1647-48.

Estas cuestiones evidencian la importancia de analizar los *conflictos ceremoniales* como pautas de comprensión de los resortes del poder en Nápoles, una perspectiva metodológica tratada en este volumen. Un ejemplo pertinente es el trabajo de Elisa Novi Chavarría sobre el protocolo de las ‘visitas’ del arzobispo de Nápoles al virrey, cuya lectura permite comprender las relaciones entre los dos principales polos de poder en el reino, basadas en la compenetración (en una clara correlación entre el lenguaje político y religioso) y la alteridad, esto es, en la competencia por la jerarquía y el poder efectivo. El periodo analizado, el del cardenal Filomarino al frente del arzobispado (1641-1666), y los cambios protocolares tras la revuelta de 1648 muestran un cambio profundo en las relaciones entre las dos instancias de poder que caracterizó a los gobiernos del conde de Oñate y el conde de Castrillo.

Igualmente, la estrecha relación entre los cambios ceremoniales y la mutación de la jerarquía y el orden político se trata perfectamente en el trabajo del profesor Manuel Rivero Rodríguez en torno al ritual de las ejecuciones públicas en la Corte de Palermo. En este sentido, Manuel Rivero analiza la relación entre política y espiritualidad en el proceso de formación de la *Compañía del Santísimo Crucifijo de Palermo*, creada en 1541 por el virrey Ferrante Gonzaga para la asistencia espiritual a los reos de muerte (en sintonía con el clima espiritual siciliano,

impregnado del reformismo valdesiano), y que conformó el principal elemento de identidad de la alta nobleza siciliana a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI. En este sentido, el cambio ceremonial introducido por el virrey príncipe de Ligne en 1670 en aras de enfatizar la preeminencia de la justicia real durante las ejecuciones públicas produjo un fuerte conflicto político en un clima de evidente inestabilidad en el reino de Sicilia y, a tenor de su fracaso, se puso en evidencia la ineficacia de los recursos tradicionales desplegados por la Monarquía para garantizar, a través del servicio y la merced, la lealtad de las élites territoriales. Una conclusión similar puede extraerse de la aportación de Angelantonio Spagnoletti sobre el ceremonial de las investiduras de las Órdenes Militares entre la nobleza napolitana, donde se subrayaba la solidaridad aristocrática de un grupo que se consideraba a sí mismo, en la *società degli onori*, como vasallo directo del monarca, entrando en competencia directa con el virrey en la jerarquía del honor y la autoridad. Un aspecto, sin duda, de fuertes implicaciones políticas para comprender la «crisis» de la Monarquía.

Otra cuestión analizada en este volumen es el vínculo entre el ceremonial cortesano y las relaciones informales de poder en Nápoles. Como ejemplo sirva el análisis de Antonio Ernesto Denunzio de las relaciones diplomáticas entre los príncipes de las casas italianas –como los Farnese, los Médicis, los Gonzaga, los diplomáticos del ducado de Urbino, etc. – y los virreyes de Nápoles, así como el ceremonial desplegado durante las visitas principescas. En este contexto, Denunzio interpreta el regalo ‘come instrumento politico e diplomático’ de primer orden, pues formaba parte de una estrategia de los príncipes italianos para garantizar su influencia en el reino como *antesala* de la Corte de Madrid. En este tipo de relaciones de naturaleza informal tenían un papel relevante las virreinas de Nápoles, cuya acción es analizada en la contribución de Diana Carrió-Invernizzi. Esta autora subraya el papel de las virreinas –muchas de ellas emparentadas con miembros de la alta aristocracia castellana (incluso de la facción válida como “agente político” en el reino) como italiana– en los rituales religiosos de la ciudad de Nápoles y su peso específico en los espacios de religiosidad a través del mecenazgo conventual, lo cual concordaba con la política virreinal de monopolizar los ceremoniales religiosos en detrimento de la autoridad eclesiástica. La relación entre ritual y lucha de poder en Nápoles también queda patente en el estudio de Vittoria Fiorelli del viaje de María Ana de Austria (hermana de Felipe IV) a Nápoles en 1630 para su casamiento con el rey de Hungría, que conjugó la necesidad de representar la lealtad monárquica de los grupos sociales de Nápoles (el *baronaggio* y los *seggi* ciudadanos), la representación de la dinastía y las luchas de poder entre el duque de Alba –que concibió el viaje como un proyecto de medro político en la Corte– y su sucesor en el cargo, el virrey duque de Alcalá, ‘ritualizadas’ a través de la *precedencia* en el ceremonial durante la visita.

Cabe señalar, por último, un conjunto de trabajos que analizan el patronazgo musical y teatral de los virreyes de Nápoles como apéndices de una política cultural que se desplegó con toda su amplitud política en la Corte. Destacamos aquí el trabajo de Louise K. Stein sobre el patronazgo cultural de Gaspar de Haro y Guzmán, el Marqués de Carpio (virrey de Nápoles entre 1683 y 1687) como continuador de la obra de Oñate en el cultivo de la ópera y su influencia romana y

RESEÑAS

veneciana. Según Stein, muchas de las obras bajo la protección del virrey tenían una fuerte carga política, pues enfatizaban a través de los recursos alegóricos (de clara influencia calderoniana) la adhesión del reino a la Monarquía de Carlos II. Igualmente, José María Domínguez argumenta en su contribución que el patronazgo musical del virrey Medinaceli en Nápoles –con la introducción de la ópera italiana predominante en las Cortes de Europa– sirvió para reforzar el papel internacional de la Monarquía de Carlos II y, a través del programa iconográfico, para garantizar la lealtad del *ceto civile* napolitano, gracias al cultivo de una imagen académica de la Monarquía coincidente con su política cultural. Como se observa, estos trabajos tienden fundamentalmente a analizar la interrelación de los discursos culturales con las necesidades de representación política de la Corona en sus distintos Estados patrimoniales.

A mi juicio, este conjunto de trabajos permite, a través de una propuesta heterogénea que aborda el ritual cortesano desde perspectivas disciplinares diversas, percibir la importancia del ceremonial y el ritual como una vía óptima de análisis de las relaciones de poder y la producción político-cultural en el reino de Nápoles durante los siglos XVI y XVII. Sin duda alguna, esta contribución parte de premisas metodológicas de plena vigencia y actualidad en el panorama historiográfico en lo que se refiere a la articulación política de la Monarquía Hispánica, concentrando el nivel de análisis en la Corte como un sistema político. En el caso de Nápoles, donde los trabajos clásicos sobre el periodo Habsburgo seguían anclados hasta hace poco en paradigmas marcadamente institucionalistas, las ideas planteadas en este volumen son producto de una necesaria renovación historiográfica sobre el encaje político de Nápoles en el conjunto de la Monarquía, centrándose en el ritual y la ceremonia como objetos de análisis de la dinámica política de las élites de poder y, a su vez, la cristalización del gobierno político.